

Alcazareñismo disperso

HACE siglos que llegan constantemente a Alcázar infinidad de personas desconocidas. Muchas de ellas, miles y miles, de paso para otros puntos o a cumplir fines concretos y fugaces pero repetidos en la misma plaza o en la comarca. Otros muchos a residir aquí, por más o menos tiempo.

A su vez, los hijos del pueblo salen a diario y con frecuencia van a vivir a sitios lejanos.

La gente de Alcázar, los amigos de Alcázar, se encuentran por todas partes.

Vais tan tranquilos por La Coruña, Granada o Barcelona, y, de pronto, una mano en el hombro os indica el encuentro con el amigo fraterno, que siempre resulta gratisimo a tanta distancia del lugar.

Muchas familias, muchísimas, han pasado aquí gran parte de su vida, períodos de cinco años, de diez años, de quince años, durante los cuales crecieron los chicos, fueron a la escuela, jugaron, aprendieron oficio, tuvieron amores y sufrieron desgracias. Vivieron ese singular período en que sucede todo como si tal cosa, como sin pensar, pero que luego sale y es la motivación de muchos actos. Es imposible que nadie olvide el lugar donde pasa la adolescencia y la juventud.

Los que llegaron de mayores, vivieron siempre bien. Ellos traían la vida asegurada en su trabajo, desde luego, pero Alcázar no fué nunca remiso en la cordialidad. Todos, al irse, dejaron y se llevaron afecto suficiente para que el olvido no borrara el recuerdo y se siguieran añorando de por vida los bailes de la Pascua, y las meriendas en el sotanillo de «Tinguilangue» y en la bodega de La Espada.

El espíritu alcazareño se ha desparramado mucho. No está, como el de tantos otros pueblos, circunscrito a los nativos y a las tapias fronterizas. Alcázar tiene, por su difusión, ecos de gran ciudad. Acaso por ello sea menos concentrado el amor que se le tiene, porque en casi nadie es ciego, como se dice que es el amor verdadero, todos le sacan defectillos, aunque un buen zurra lo borre todo, pero ¿Quién no tendrá faltas y podrá tirar la primera piedra?

La calle de en medio

REPRESENTABA un símbolo de nuestra psicología en el súbito acontecer dentro de la quietud imperante.

Echar por la calle de en medio era un rasgo frecuente de nuestros actos.

La calma real, imponderable, se resolvía impensadamente, sin razón aparente o por motivos leves, en una acción brusca, de ímpetu irreprimible y hablando entre dientes: «Ahora verán estos; se van a caer con todo el equipo».

En los momentos de más sosiego, incluso durmiendo en el corro de la estufa, de pronto salía alguien y echaba por lo sin segar. Los demás se encogían de hombros entreabriendo los ojos. Alguno decía: «y qué sé yo lo que le pasa a ese». «Ese», salía renegando y se iba a acostar.

Esta irritabilidad aguda era una manifestación patente de nuestro carácter, que permitía ver a las personas a merced de la cólera brusca e irreflexiva decidiendo temerariamente en cualquier momento, «para que los demás vean lo que es bueno».

Cuando en la calle os envolvía un remolino de tierra, comprendíais la locura de echar por la calle de en medio sin miramientos. Parecía que era la violencia del aire lo que daba aire de soberbia a las personas, nadie hacía por suavizar la reseque y la asperidad del terreno para cambiar la dureza del paisaje y moderar la sensibilidad irritada e instaurar la indulgencia, solo el escepticismo triunfaba de la nerviosidad y aun de la ira, soterrando el rencor, por eso alcanzó Ulpiano el cetro del humor socarrón y desarmó el arrebato que burbujea en nuestra sangre, colando de extranjis, entre los caballeros el sano y conveniente juicio del buen Sancho.